

cisados á retirarse, tristes de no haber conseguido su objeto; pero resueltos á volver á la lucha (1). Con efecto; al siguiente dia, acaudillados por expertos capitanes, acometieron en número prodigioso por agua y tierra, lanzando sobre sus contrarios una tempestad de flechas y de piedras. Empeñados en recobrar el punto perdido, acudían nuevos batallones á la lucha, lanzando toda aquella multitud alaridos espantosos que «parecia, dice Hernan Cortés, que se hundía el mundo». En esos momentos recibió el general español el refuerzo que habia pedido á Cristobal de Olid, y haciendo una salida atacó á las tropas aztecas, que se formaron inmediatamente en orden de batalla sobre la calzada. El combate se sostuvo con admirable denuedo por una y otra parte; pero los mejicanos, destrozados al fin por la caballería y los disparos de los tres cañones, emprendieron la retirada, perseguidos de cerca por sus contrarios. La lucha se renovó en uno de los puentes que tenían cortados; pero cargando con ímpetu la infantería española y las tropas auxiliares, lo abandonaron, como abandonaron otra trinchera, refugiándose en la ciudad.

Por seis dias continuaron los escuadrones mejicanos dirigiendo por agua y tierra sus ataques al punto cuya importancia conocieron demasiado tarde.

Viendo el general español que por la parte de la laguna que estaba al Poniente de la calzada, se presentaban las

(1) «Y á media noche llega mucha multitud de gente en canoas y por la calzada á dar sobre nuestro real, y cierto nos pusieron en gran temor y rebato, en especial porque era de noche, y nunca ellos á tal tiempo suelen acometer, ni se ha visto que de noche hayan peleado, salvo con mucha sobra de victoria.»—Tercera carta de Cortés.

canoas sin que pudiese acometerlas, hizo ensanchar un foso de la calzada, para que pudiesen pasar por él los bergantines. Terminada á los pocos momentos la obra, por el gran número de aliados que se ocuparon en ella, los barcos encontraron libre paso, quedando desde entonces dueños del interior del lago, como lo eran del exterior.

Entretanto, Gonzalo de Sandoval, cumpliendo con las órdenes de su general, habia salido de Iztapalapan hácia Coyohuacan. Al pasar por Mexicaltzinco, ciudad edificada sobre el agua, un número considerable de tropas mejicanas salieron á disputarle el paso de la calzada. Alcanzada la victoria por el capitán español, penetró en Mexicaltzinco y puso fuego á la poblacion. Sabiendo Hernan Cortés que los mejicanos habian cortado la calzada para impedir que Sandoval pudiera continuar su marcha, le envió dos bergantines que, sirviéndole de puentes, facilitaron el paso á las tropas. Vencida la dificultad, la division llegó á Coyohuacan sin ningun otro contratiempo. Gonzalo de Sandoval, dejando su ejército en esta poblacion y sin descansar de la fatiga de la batalla, se dirigió con diez jinetes al campamento de Cortés, para darle cuenta de lo acaecido y recibir sus instrucciones. Cuando llegó al sitio en que se acampaba el general, se encontraban las fuerzas que guarnecían el punto, empeñadas en un terrible combate con los escuadrones aztecas. Gonzalo de Sandoval y los jinetes que con él iban, desmontaron de sus caballos, porque solo á pié se podia combatir en la parte de la calzada en que se hallaba empeñada la accion, y se unieron á sus compatriotas, acometiendo á los contrarios con extraordinario brío. Los soldados españoles y mejicanos an-

daban mezclados, sin que mediase más distancias de unos á otros que la precisa para herir con la espada ó con la lanza (1). Gonzalo de Sandoval, que se habia metido en medio de los contrarios, recibió una lanzada en la pierna, al mismo tiempo que otros muchos de sus compañeros fueron heridos. Pero no por esto se retiró del combate, sino que siguió luchando, haciendo estragos en cuantos á él se acercaban. Los arcabuceros y ballesteros, viendo la tenaz resistencia de los mejicanos, multiplicaron sus disparos, haciendo igual cosa las tres piezas de artillería. Los aztecas empezaron entonces á retroceder; pero acometidos por los soldados de espada y rodela y por las fuerzas auxiliares, se desordenaron completamente, y entraron huyendo en la ciudad, dejando la calzada cubierta de cadáveres. Las enormes pérdidas sufridas en ese encuentro les dejó aterrados, y por algunos dias permanecieron sin atreverse á emprender un nuevo ataque.

Dueños los bergantines del interior de la laguna, desde que Hernan Cortés hizo ensanchar el foso de la calzada, recorrian libremente las aguas, al rededor de la ciudad, poniendo fuego á muchas casas de los barrios.

Dueños del lago los españoles y de las dos calzadas principales del Sur y del Oeste, que conducian á la capital, parecia que no les quedaba á los sitiadores esperanza de recibir auxilios de fuera. Pero no era así. Pedro de Alvarado, que ocupaba con sus tropas Tacuba, observó que por

(1) «Y él y los que venian con él, se apearon y comenzaron á pelear con los de la calzada, con quienes nosotros andábamós revueltos.» — Tercera carta de Cortés.

la calzada de Tepeyacac, llamada hoy de Guadalupe, situada al Norte, entraban en la ciudad viveres y todo lo necesario. Inmediatamente puso en conocimiento de Cortés lo que pasaba, manifestándole que por ella podrian salir los mejicanos, cuando, agotados los recursos, y no pudiendo defenderse, tratasen de abandonar la capital. El general español ordenó á Gonzalo de Sandoval que fuese á ocupar sin pérdida de momento un pueblecito situado al pié del cerro de Tepeyacac, á donde daba la calzada del mismo nombre. El jóven y caballeroso capitán, á pesar de hallarse malo de la herida que habia recibido, obsequió gustoso el deseo de su general, y poniéndose al frente de ciento diez y ocho infantes españoles, de veintitres jinetes y considerable número de aliados, se dirigió á ocupar el punto señalado, que era el mismo en que hoy se encuentra la Villa de Guadalupe, donde se admira uno de los santuarios mas concurridos del país, muy especialmente el dia 12 de Diciembre, en que se celebra una solemne fiesta á la Virgen.

Situado el campamento de Sandoval en Tepeyacac, quedó desde aquel instante cortada la única comunicacion que le habia quedado á la capital con los pueblos amigos, quedando sitiada completamente (1).

Quitados los recursos de fuera á la ciudad, Hernan Cor-

(1) El doctor Robertson dice: «que Cortés quiso acometer á la ciudad por tres partes diferentes: por Texcoco, al lado oriental de la laguna; por Tacuba al Poniente, y por Coyocan hácia el Mediodía». Añade que «estas ciudades estaban en las principales calzadas que conducian á la ciudad y que están hechas para su defensa. Dió á Sandoval el mando de la primera, etc.» Notable error ha sufrido en esto el Sr. Robertson. No habia por la parte de Oriente ninguna calzada, ni era posible que la hubiera por el mucho fondo que tenia

tés, no queriendo esperar pasivamente los resultados de un sitio que podría prolongarse demasiado, si se concretaba á rendir por hambre á los sitiados, dispuso dar un asalto simultáneo á la capital, atacando cada uno de los jefes de los campamentos, el barrio que tuviese mas cercano. En virtud de la disposicion tomada, Pedro de Alvarado debia avanzar desde Tacuba, por la calzada del mismo nombre, hoy de San Cosme, hácia la calle actual de Tacuba; Gonzalo de Sandoval, por la calzada de Guadalupe, llamada entonces, como hedicho, de Tepeyacac, se dirigiria sobre Santiago Tlatelolco; y Hernan Cortés, que ocupaba el punto de Xoloc, que es la actual garita de San Antonio Abad, avanzaria con Cristóbal de Olid, que era el maestre de campo y á quien habia llamado á su lado, sobre la calle del Rastro, llamada en aquella época de Iztapalapan.

A la primera luz de la aurora, el ejército estaba en pié. En cada campamento se celebró el santo sacrificio de la misa, como era costumbre siempre que se acometia una empresa difícil, al que asistieron los soldados con profundo recogimiento. Las tropas indias auxiliares miraban con respeto la augusta ceremonia, y contemplaban con admiracion el respeto con que estaban los hombres blancos, deduciendo de la humildad que demostraban la grandeza del Dios á quien adoraban (1).

por aquella parte el agua de la laguna. Tampoco podia acampar en Texcoco, Sandoval, porque desde este punto ningun daño se podia causar á Méjico, y mucho menos impedir que le entrasen recursos.

(1) «Así como fué de día se hizo una misa de Espíritu Santo, que todos los christianos oyeron con mucha devocion: é aun los indios, con simples, é no entendiendo de tan alto misterio, con admiracion estaban atentos notando el silencio de los cathólicos y el acatamiento que al altar, y al sacerdote los christianos tuvieron hasta recibir la bendicion.» — Oviedo. *Hist. de las Ind.*, MS.

Dejando en los campamentos alguna fuerza española de caballería con mas de diez mil indios aliados, emprendió cada jefe la marcha con direccion al barrio mas próximo de la capital.

Componian los tres cuerpos que marchaban al asalto, una fuerza de quinientos castellanos y mas de setenta mil aliados de Texcoco, Tlaxcala, Chalco, Huexotzinco y Cholula. Hernan Cortés, dejando resguardada la espalda por una fuerza de caballería, avanzó á pié, acompañado de varios caballeros, tambien desmontados, y al frente de sus tropas, perfectamente ordenadas, hácia la ciudad. Los bergantines iban flanqueando la calzada, para evitar que las canoas se aproximasen á ella.

Muy poco llevaba de haber emprendido el avance, cuando se encontró el general español con un largo y profundo foso y una espesa trinchera del lado opuesto, de tres varas de alto. Al detenerse en la orilla de la ancha cortadura, cayó sobre el ejército español un diluvio de flechas, arrojadas por un cuerpo numeroso de guerreros aztecas, colocados detrás de los parapetos. Los españoles hicieron notables esfuerzos para desalojar á los contrarios del sitio que ocupaban; pero las saetas lanzadas de sus ballestas, lo mismo que las balas de sus arcabuces, quedaban muertas en la muralla, sin hacer el mas leve daño á los mejicanos que se hallaban parapetados detrás de ella. En aquellos instantes llegaron los bergantines que iban flanqueando la calzada, y haciendo fuego cada uno con el falconete que llevaba, obligaron á los mejicanos á abandonar la fortificacion. Los castellanos pasaron el foso inmediatamente, y siguieron

el alcance de los aztecas, hasta la entrada de la misma ciudad. Una nueva cortadura les obligó allí á detener el paso. Era un puente que habian quitado en una calle por donde atravesaba un ancho y profundo canal. Aquí se renovó el combate, haciendo los mejicanos prodigios de valor por defender el paso; pero batidos por los bergantines, que disparaban su artillería de uno y otro lado, emprendieron la retirada por la calle de Iztapalapan, hoy del Rastro. Los soldados de los bergantines saltaron á tierra en la parte que habian ocupado los mejicanos, y Cortés y sus tropas pasaron libremente, por el agua, al otro lado del puente, haciendo lo mismo el ejército aliado que pasaba de ochenta mil hombres, segun asegura el mismo general (1). Mientras un número considerable de las tropas auxiliares se ocupaba, por orden de Cortés, de cegar el puente para no dejar detrás paso ninguno peligroso, otra parte del ejército que marchaba en persecucion de los mejicanos, se apoderó de otra trinchera no menos fuerte que las anteriores.

Los españoles se hallaban ya en la calle principal de la corte azteca, que atravesaba la ciudad de Sur á Norte. Era la misma por donde hicieron su primera entrada cuando fueron recibidos con respeto y benevolencia por el emperador Moctezuma. Se llamaba, como tengo repetido, calle de Iztapalapan, hoy del Rastro, y seguia por la del Reloj, hasta la calzada de Guadalupe ó Tepeyacac. Podia

(1) «E como empezaron á desamparar el albarrada, los de los bergantines saltaron en tierra, y nosotros pasamos el agua, y tambien los de Tlaxcaltecal, y Guaxocingo, y Calco, y Tesaico, que eran mas de ochenta mil hombres.»— Tercera carta de Cortés.

considerarse como la calle de la aristocracia azteca, pues á uno y otro lado de ella se levantaban los espaciosos edificios habitados por los señores de las provincias que estaban obligados á residir una gran parte del año en la corte, dejando en rehenes, cuando se ausentaban, alguno de sus hijos, con que los emperadores aztecas habian asegurado, hasta entonces, la obediencia de los reinos feudatarios.

Cegadas sólidamente las cortaduras ganadas hasta dejar nivelado el suelo, Hernan Cortés continuó el avance, llevando en la vanguardia una pieza de artillería del calibre de dos libras. Los mejicanos, colocados en las azoteas de los edificios, descargaban una nube de flechas y de piedras sobre sus contrarios; pero alcanzados por las balas de los arcabuces y las saetas salidas de las ballestas, se veian precisados á continuar su retirada. El general español, para avanzar con mas seguridad y sin dejar enemigos en los flancos, dispuso que las tropas aliadas fueran demoliendo de trecho en trecho las casas, á uno y otro lado de la calle.

Así fueron perdiendo los mejicanos una tras otra todas las fortificaciones levantadas en la ancha calle de Iztapalapan, oyéndose en cada uno de aquellos triunfos el grito de victoria de los vencedores. A medida que se ganaban los fosos y cortaduras, se iban cegando con la tierra y piedra de las trincheras, precaucion prudente de Cortés para evitar todo conflicto en los instantes de retirarse al campamento.

De esta manera llegó una parte de la fuerza española hasta un puente, inmediato á la plaza en que se hallaban los principales edificios y el magnífico templo en que hoy

se levanta majestuosa, como notable obra del arte arquitectónico, la grandiosa catedral.

Los mejicanos, que no se habian podido imaginar que los contrarios penetrasen en pocas horas hasta el centro de la ciudad, no habian levantado allí fortificacion ninguna ni habian quitado el puente (1). Resueltos, sin embargo, á combatir, se formaron en la inmensa plaza, cubriendo á la vez las anchas azoteas de las sólidas casas que la rodeaban.

El número de escuadrones aztecas allí reunidos era imponente (2). Los españoles se detuvieron para colocar el cañon en la entrada de la plaza, y pronto dirigieron sus tiros sobre la multitud, haciendo horrible estrago en ella. La confusion y el terror empezó entonces á introducirse entre los mejicanos. El considerable número de guerreros aliados que se presentó en aquel instante acabó de intimidarles. Los españoles habian pensado esperar á su general y demás compañeros para penetrar en la plaza; pero viendo que en todo aquel inmenso espacio no habia acequias ni canales, que era de donde solian recibir el daño, se lanzaron resueltamente sin esperar á que llegase (3).

(1) «Hasta otra puente que está junto á la plaza de los principales aposentamientos de la ciudad; y esta puente no la tenian quitada ni tenian hecha albarrada en ella; porque ellos no pensaron que aquel dia se les ganara ninguna cosa de lo que se les ganó, ni aun nosotros pensamos que fuese la mitad.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Eran tantos», dice Cortés, «que no cabian en ella.»

(3) D. Antonio de Herrera, en su *Historia General*, asienta que Hernan Cortés fué el que infundió valor á los soldados que se habian detenido: «Y con todo eso», dice, «no se determinaban los christianos de entrar en la plaza; por lo cual diciendo Hernan Cortés, que no era tiempo de mostrar cansancio ni cobardía, con una rodela en la mano, apellidando Santiago, arremetió el pri-

La asombrosa multitud de indios confederados que con ellos iba, se arrojó como impetuoso torrente sobre sus contrarios, dando horribles alaridos. Las tropas mejicanas, comprendiendo que era imposible luchar con buen éxito, se retiraron al átrio inferior del vasto *teocalli*, cuyos sólidos edificios les ofrecian un excelente punto de defensa. Allí estaban sus dioses; allí el venerado y sangriento númen de la guerra Huitzilopochtli, por quien juzgaban que debian luchar hasta morir.

El combate se renovó en el recinto consagrado á los

mero.» Varios historiadores han seguido al expresado D. Antonio de Herrera en ese pasaje, presentando á los soldados españoles temerosos de entrar en la plaza, y haciendo llegar en aquellos momentos á Hernan Cortés para animarlos. «No se atrevian los españoles», dice Clavijero, «á entrar en ella (en la plaza) hasta que el mismo general, reprendiéndoles aquel ignominioso miedo y arrojándose intrépidamente contra los enemigos, dió valor á sus soldados.» Prescott, adoptando la misma opinion, se expresa en los siguientes términos: «Detuviéronse los españoles á la entrada de la plaza, oprimidos por los tristes recuerdos que en aquel instante se agolparon á su imaginacion; pero su intrépido caudillo, inquieto por el temor que mostraban, les mandó avanzar antes de que los aztecas tuviesen tiempo de reunirse; y llevando en una mano la adarga y blandiendo con la otra la espada, dió el grito de guerra de «Santiago», y cargó sobre el enemigo.» Comprendo que el presentar á los soldados irresolutos, y luego arrastrados al combate por el heroismo del general, es de agradable efecto, puesto que hace resaltar la interesante figura del caudillo español. Sin embargo, como el mismo Hernan Cortés manifiesta en su tercera carta, que no se encontró en la plaza, y dice lo diametralmente opuesto á lo dicho por Herrera y los que le han seguido, no he titubeado en poner los hechos, como él refiere. «E los españoles», dice el general, «como vieron que allí no habia agua, de donde se suele recibir peligro, determinaron de les entrar en la plaza.» No dice vimos y determinamos, que es el modo con que suele expresarse cuando indica que tomó parte en el hecho. «E como los de la ciudad vieron su determinacion puesta en obra», añade, «vuelven las espaldas.» Se ve, pues, que acometieron sin que el general tuviese necesidad de darles ejemplo de valor.